

Mensaje dos

Salvos en vida de ser naturales, ser individualistas y ser divisivos

Lectura bíblica: 2 Co. 3:15-18; Fil. 4:6-7; Hch. 9:1-17; Jn. 17:6-24

I. Necesitamos ser salvos en vida de ser naturales, de nuestra manera de ser natural; necesitamos contemplar continuamente la hermosura del Señor de gloria a fin de mantenernos en el proceso diario de ser “transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Señor Espíritu”—Sal. 27:4; 2 Co. 3:15-18:

- A. Nuestra manera de ser natural es nuestro yo; el yo está en nosotros y es nosotros; en términos prácticos, negarnos al yo es sencillamente negarnos a nuestra manera de ser natural; por ser cristianos, tenemos que vivir a Cristo al ejercitar continuamente nuestro espíritu para rechazar nuestro yo y vivir por otra vida —el Cristo crucificado y resucitado—, representada por el árbol de la vida—Gn. 2:9; Fil. 1:21a; Ap. 2:7; 1 P. 2:24; 1 Ti. 4:7-8.
- B. Todo lo que somos por nacimiento, sea bueno o malo, sea útil o no, es natural y es por completo un obstáculo para que el Espíritu Santo forje la vida divina en nuestra constitución; por esta razón nuestra fuerza natural, sabiduría natural, astucia natural, manera de ser natural, defectos naturales, virtudes naturales más nuestro carácter y hábitos, todo ello debe ser derribado para que el Espíritu Santo pueda formar en nosotros una nueva manera de ser, un nuevo carácter, nuevos hábitos, nuevas virtudes y nuevos atributos—Tit. 3:4-6; Ez. 36:25-27.
- C. A fin de lograr la obra de reconstitución, el Espíritu Santo de Dios se mueve en nuestro interior para iluminarnos, inspirarnos, guiarnos y saturarnos de la vida divina; Él también opera en nuestro entorno para disponer cada detalle, persona, asunto y cosa en nuestra situación a fin de derribar todos los aspectos de nuestro ser natural, con miras a que Él pueda conformarnos a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:28-29.
- D. La vida de Jacob muestra que una persona natural debe pasar por quebrantamientos a fin de llegar a ser Israel, esto es, un príncipe de Dios; lo que Dios derriba por medio de nuestro entorno es nuestro despreciable yo, nuestra manera de ser natural; sin embargo, lo que Dios edifica en nosotros es Él mismo, Aquel que es incomparable, sin igual, supereminente e infinito—Ef. 3:16-17a; 1 Co. 3:12:
 1. Dios dispuso que Jacob llevase una vida de constantes luchas todos sus días; Él dispuso soberanamente toda circunstancia, situación y persona relacionada con la vida de Jacob e hizo que todo ello cooperase para el bien de Jacob, a fin de que Él pudiera transformar a Jacob —un suplantador y uno que se asía al calcañar— en Israel, un príncipe de Dios—Gn. 25:26; 32:24-32.
 2. *Israel* significa “uno que lucha con Dios” (v. 28) y “el príncipe de Dios”; la vida cristiana es una vida en la que luchamos con Dios para ser transformados por Dios en un príncipe de Dios—cfr. Fil. 4:5-7, 11-13.
 3. La transformación es la función metabólica de la vida de Dios en los creyentes por la cual el elemento de la vida divina de Cristo es añadido a nuestro ser para que sea expresado exteriormente en la imagen de Cristo; Isaac, Rebeca y Esaú fueron utilizados para meter a Jacob dentro del “horno” de la transformación, y Labán y las esposas de Jacob fueron el “fuego” que ardía en ese horno; la historia de Jacob muestra que Dios dispone soberanamente cada aspecto del entorno de Sus escogidos para que Él pueda llevar a cabo Su obra de transformación en el interior de ellos—2 Co. 3:18; Ro. 12:2; 8:28-30.
- E. Necesitamos contemplar el rostro de Dios (Gn. 32:30; 2 Co. 3:18; 4:6-7), buscar Su rostro (Sal. 27:8, 4) y disfrutar Su rostro como suministro para nuestro servicio (Éx. 25:30; 33:11a), haciendo así todo en el rostro, la persona, de Cristo con miras a nuestra transformación de gloria en gloria (2 Co. 2:10; cfr. 13:14); cuando el Dios Triuno es impartido en nosotros,

tenemos el rostro del Dios Triuno como nuestra gracia y Su semblante como nuestra paz (Nm. 6:25-26):

1. Ver a Dios equivale a ganar a Dios a fin de ser constituidos de Dios—Job 42:5-6.
2. Ver a Dios nos transforma, porque al ver a Dios recibimos Su elemento en nosotros y nuestro viejo elemento es desecharo—2 Co. 3:18; Ro. 12:2.

F. Necesitamos aprender a Cristo como secreto (Fil. 4:12) de ser transformados, es decir, de ser cambiados metabólicamente en nuestra vida natural, en cualquier clase de entorno, situación o circunstancia; este secreto práctico y sencillo se encuentra en los versículos 6 y 7: “Por nada estéis afanosos, sino en toda ocasión sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios por medio de oración y súplica, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (véase la hoja adjunta de las págs. 56-57 del libro *El aspecto orgánico de la obra salvadora de Dios*).

II. Necesitamos ser salvos en vida de ser individualistas; todos aquellos en Adán viven como individuos separados; en Cristo todo lo individualista es eliminado; si deseamos conocer la vida del Cuerpo, necesitamos liberación no sólo de nuestra vida pecaminosa y de nuestra vida natural, sino también de nuestra vida individualista:

- A. El pecado nos impide ver a Cristo, y la vida natural nos impide ver el Cuerpo; todos debemos ver nuestra posición en el Cuerpo de Cristo; si verdaderamente vemos nuestra posición en el Cuerpo, será como si fuéramos salvos por segunda vez—1 Co. 12:18, 24-25.
- B. El Padre es contrario al mundo (1 Jn. 2:15), el Señor es contrario al diablo (He. 2:14), el Espíritu es contrario a la carne (Gá. 5:17) y el Cuerpo es contrario al individuo (1 Co. 12:21); una vez que un hombre ve el Cuerpo de Cristo, él es libre de ser individualistas; no vivirá para sí mismo, sino para el Cuerpo.
- C. El Cuerpo de Cristo no es una doctrina, sino una esfera; no es una enseñanza, sino una vida; únicamente una revelación nos introducirá en la esfera y la realidad del Cuerpo, y sólo así el Cuerpo de Cristo llegará a ser nuestra experiencia.
- D. Aquellos que ven que son miembros del Cuerpo ciertamente valorarán el Cuerpo y honrarán a los otros miembros; no solamente verán sus propias virtudes; fácilmente verán a otros como mejores que ellos.
- E. Donde hay una revelación del Cuerpo, allí hay conciencia del Cuerpo, y donde hay conciencia del Cuerpo, allí quedan automáticamente eliminados los pensamientos y acciones individuales; tan pronto vemos el Cuerpo, nuestra vida y obra como individuos cesan y entramos en la bendición que Dios ordena de la unidad del Cuerpo—Sal. 133:1-3.
- F. Una función del Cuerpo es proteger a todos los miembros (Ef. 6:10-20; Dt. 32:30); además, un individuo aislado es propenso a ser engañado, por lo cual no sólo deberíamos honrar a Cristo como Cabeza del Cuerpo al buscar Su consejo (Jos. 9:14), sino también consultar constantemente con nuestros compañeros miembros en el Cuerpo (Hch. 22:10; Pr. 27:17).
- G. El Cuerpo de Cristo también es una limitación para todos los miembros; deberíamos aprender a ser compenetrados con otros hermanos y hermanas; ni la manera de ser ni las peculiaridades individuales tienen cabida en la iglesia; además cada miembro debería honrar la función y medida de los otros miembros y ser fiel a la suya; por tanto, no habrá envidia, ambición ni deseo de hacer lo que otros hacen—2 Co. 10:13-14; Gá. 5:25-26; 2 Cr. 26:16-21.
- H. El día que el Señor se reveló a Pablo y en él, el Señor le mostró la revelación del Cuerpo y el principio rector del Cuerpo—Hch. 9:1-17.
- I. Nuestro vivir y servicio deberían ser realizados en el Cuerpo, por medio del Cuerpo y para el Cuerpo; que el Señor nos libere de ser individualistas introduciéndonos en el Cuerpo y sirvamos Su Cuerpo con un ministerio basado en nuestro disfrute y experiencia de Cristo.

III. Necesitamos ser salvos en vida de ser divisivos; la naturaleza intrínseca de muchos de los problemas que hemos enfrentado en el recobro del Señor reside en la falta de

entendimiento apropiado de la unidad genuina revelada en Juan 17:

- A. El primer nivel de unidad es la unidad en el nombre del Padre y por la vida divina del Padre; el nombre del Padre denota la persona del Padre, el Padre mismo como fuente de vida, la fuente de la unidad—vs. 6-13; 5:26, 43:
1. Debemos tomar al Padre como fuente de vida y bendición; no debemos vivir por nuestra vida humana, sino por la vida divina del Padre en nuestro espíritu para disfrutar nuestra filiación todo-inclusiva—cfr. Mt. 14:19; Ro. 11:36; Jn. 6:57; Ro. 8:15-16.
 2. La vida del Padre junto con Su naturaleza es el elemento de la unidad—Jn. 17:2; cfr. Ef. 1:4-5; He. 2:10-11; 1 Co. 6:17.
- B. El segundo nivel de unidad es la unidad en la realidad de la palabra que santifica—Jn. 17:14-21:
1. La palabra del Padre es verdad (v. 17), y la verdad es el Dios Triuno (14:6; 1 Jn. 5:6b); ser santificados por la realidad de la palabra equivale a ser santificados por el mismo Dios Triuno.
 2. La palabra, que es la verdad, santifica al pueblo de Dios separándolo del mundo (Jn. 17:17) y los guarda del príncipe del mundo, el maligno (v. 15):
 - a. La palabra de realidad del Padre nos santifica y nos hace puros, librándonos del mundo confuso a fin de apartarnos para nuestro Dios, el Dios de pureza; cuanto más una persona permanezca en la palabra de Dios, más pura llegará a ser—Sal. 12:6; 119:140.
 - b. La palabra santificadora del Padre es el medio de nuestra unidad, el cual nos introduce en la esfera de la unidad—Jn. 17:21; Ef. 5:26.
- C. El tercer nivel de unidad es la unidad en la gloria divina para la expresión del Dios Triuno procesado, mezclado e incorporado—Jn. 17:22-24:
1. La unidad de todos los creyentes en la gloria divina es la unidad en la expresada filiación con la vida y naturaleza del Padre—v. 22; 5:26.
 2. La gloria de Dios es la expresión de Dios; esta expresión espléndida de la divinidad nos libra de nuestro yo y nos hace completamente uno—cfr. Ap. 21:11.
 3. En esta etapa de la unidad, el yo es completamente negado; debemos ser salvos de nuestro yo, lo cual incluye la ambición, la exaltación propia y las opiniones y conceptos—Jn. 17:21-23; Ro. 5:10; 1 Co. 1:10-13; 3 Jn. 9:
 - a. Si renunciamos al yo, perdemos el yo y nos volvemos al espíritu, de inmediato estaremos en la realidad del Cuerpo; si vivimos por nuestra vida con nuestra naturaleza para expresarnos a nosotros mismos, no tendremos la gloria de Dios; en la expresión de nosotros mismos radica ser divisivos—Ef. 2:22; Jn. 16:13.
 - b. Vivir y actuar en la vida del Padre con la naturaleza del Padre para expresar al Padre es la gloria, y es en esta gloria que todos somos uno; nuestra vida cristiana debería ser una vida que va de “gloria en gloria”—2 Co. 3:16-18.
- D. A fin de resguardar la unidad que el Señor nos ha dado, necesitamos estar mezclados constantemente con el Dios Triuno (de modo que sean anulados el hombre natural, el mundo con Satanás y el yo) para satisfacer el deseo del Señor—Ef. 4:1-6.